

miembro de la magistratura del infame Bonaparte. (*Movimiento general de aprobacion.*)

La candidatura de Quesnay es completamente rechazada.

El ciudadano Mothorel: Me han quitado la candidatura. Siempre sucede así. Cuatro señores sin mandato alguno reparten los papeles entre sus amigos, cofradías de imbéciles y envidiosos. Si voy yo á la Asamblea votaré

la paz. París no puede sostenerse más tiempo con los prusianos en los fuertes. Dicer que si nos quedamos en República nos exigirán diez mil millones; que si aceptamos la dinastía de los Orleans siete mil, y si la dinastía de los Bonapartes cinco mil; pero la Francia que es rica para pagar su gloria, será rica aun para pagar su soberanía.

CAPITULO LXXXVII.

ENSAYOS ABORTADOS DE LA COMUNIDAD REVOLUCIONARIA.

Vistos los violentos ataques al Gobierno en los clubs y las incontrastables aspiraciones de los rojos á la Comunidad revolucionaria, veamos ahora cuántas veces, durante el sitio, se trató de implantar esta institucion, especie de filtro con que pretendian curar males incurables. La más grave de las tentativas fué realizada y cumplida á últimos de Octubre de 1870. Habíase convenido una visita del escritor Rochefort, que á la sazón formaba parte del Gobierno, á sus electores de Belleville. Eran las primeras horas de la tarde del 26 de Octubre de 1870. Flourens, acompañado del capitán Croez, fué á la Casa de la Ciudad á buscar al ministro y á conducirle al barrio. Los tres, solos en el coche, entablaron conversacion política; y naturalmente conversacion sobre el sitio de París. Rochefort no estaba, seguramente, á la altura de su cargo. Tenia sobre sí un secreto de Estado; y cuando se tiene un secreto de Estado y el honor y el patriotismo lo exigen, se reserva con sigilo. Mas Rochefort siguió un

término medio, que fué bastante á comprometer la causa de la defensa y el precario orden de París.

Como el capitán Croez le preguntara qué esperanzas tenia, Rochefort le contestó estas graves palabras, conservadas á la historia por uno de los tres interlocutores. «Pocas esperanzas. Procederemos bien, si no contamos con los socorros de provincia y convertimos todos nuestros esfuerzos á defendernos á nosotros mismos. Bazaine me inquieta de una manera horrible. Desde la proclamacion de la República no ha respondido ni á uno sólo de nuestros despachos. Hasta parece que en este momento ha enviado á Versalles á un general para tratar de la rendicion de Metz en nombre del Emperador Napoleon III. No digais nada de esto á nadie.»

Aquella noticia terrible cayó sobre un alma febril y exaltada como el alma de Flourens. Desde el primer momento, no pudo separarla de su memoria, ni contenerla dentro de su agitado corazon. Desempeñada la Comision,

hecha la visita, vuelto el ministro á la Casa de la Ciudad, la fatal nueva atenaceaba á Flourens. No era dueño de ella. Se la habia confiado en secreto un miembro del Gobierno y debia guardarla. Y en efecto, guardarla fué su primer propósito. Pero le desgarraba las entrañas. Creia que cuantos le encontraban entreveian claramente en sus ojos el fatal secreto y que, guardándolo, bajaba en la escala moral y en el aprecio de sí mismo hasta cómplice de los traidores. Aquel día no salió de su casa. Se encerró en su cuarto, se entregó á todo género de meditaciones, y tuvo horror de sí mismo. Para su ánimo exaltado, para su pensamiento vagabundo y errático, para su criterio muchas veces perturbadísimo, habia en todo aquello una siniestra conjuración de la que participaba el Gobierno parisiense, y de la que no podia salvarse por ignorarla tristemente su patria. Compromisos de amistad, reserva, confianza, todo debia ceder ante la ley suprema de la salud del pueblo.

Vino la noche y con la noche mayor exaltación al cerebro volcánico, al corazón tempestuoso de Flourens. En cuanto los primeros reverberos lucian, se lanzó á la calle, fuera de sí, como un demente. Redactaba entonces el periódico más literario de los periódicos rojos, el célebre escritor Félix Pyat. Flourens se dirigió á la calle de Tiquetonne donde estaban las oficinas del periódico, y encontró á su director. El secreto le bullia en los labios y le quemaba la conciencia. No quiso contenerlo más tiempo en sí y lo reveló á las claras. Llamóle aparte y le dijo:

—Mientras se realiza el plan de Trochu ya se ha realizado el plan de Bazaine.

—¿Qué me decís? le preguntó aterrado Félix Pyat.

—Metz ha sido vendido, entregado á los prusianos.

—Me aterrás, dijo Félix Pyat.

—Yo estoy como loco, añadió Flourens.

—Pero teneis seguridad de lo que decís? dijo Pyat.

—Me lo ha contado Rochefort, aunque encargándome el secreto.

—No hay secretos que valgan cuando se trata de la patria. Nuestro deber de buenos ciudadanos es divulgar inmediatamente la noticia, á fin de que el pueblo la sepa y provea.

Y ambos á dos redactaron una nota revelando el secreto, que al día siguiente se publicó orlada de negro á la cabeza del *Combate*.

Inútil decir la impresión profunda que semejante noticia produciría en París. La Guardia Nacional, los ciudadanos, las muchedumbres, la dieron con Félix Pyat, y le acusaron de deshonorar á sabiendas su patria, y su complicidad con los prusianos. La redacción fué invadida, los redactores golpeados y presos, conducidos como reos á la Casa de la Ciudad, y de la Casa de la Ciudad á las cárceles públicas. Rochefort mismo, al ver ir á los escritores del *Combate* de aquella manera á su presencia, insultó é injurió gravemente á Félix Pyat. El diario oficial publicó una nota redactada por Julio Favre, en la cual se exageraba la indignación producida por la noticia y se encarecía fuera de toda medida el mérito y la lealtad de Bazaine, que sustentaba en sus manos la espada de Francia. El mismo escritor avanzado, que pecaba de imprudente y de temerario, pero que no pecaba en ninguna manera de traidor y poco patriota, aparecía señalado como agente prusiano y puesto fuera de ley, á merced de las populares cóleras. Para defenderse, Félix Pyat publicó á la cabeza de su número la siguiente nota: el ciudadano Flourens me ha revelado la traición de Bazaine. Y tenia la noticia de los labios mismos de Rochefort.

Cuando este se vió tan gravemente comprometido y acusado, fué á Belleville suplicando á su amigo que le sacara de aquel amargo trance. No podia, no, continuar perteneciendo á un gobierno, del cual revelaba con tanta impremeditación y tanta ligereza los secretos.

Flourens, que mil veces habia aconsejado á Rochefort la renuncia, comprendió que entonces no era oportuna ocasión de presentarla. Y en carta dirigida á Félix Pyat, y publicada el 30 de Noviembre, descargó de toda culpa á Rochefort y tomó sobre sí la responsabilidad. Por otros conductos, se habia sabido ya aquel fatalísimo hecho. Pues el comandante de la Guardia Nacional, Longuet, dijo que se lo habia confiado en secreto también, otro de los ministros, Eugenio Pelletan.

El día treinta y uno de Octubre la noticia esparcida por el *Combate* de Félix Pyat, apareció confirmada en el periódico oficial del Gobierno. En dos párrafos distintos se anunciaba la rendición de Metz y un proyecto de armisticio. Grande estremecimiento de indignación poseyó desde aquel instante á París. Las mismas cóleras que estallaran contra la redacción del *Combate*, rompieron todo dique y amenazaron al Gobierno de la defensa nacional. Agrupábanse las muchedumbres en torno de dos vistosos anuncios donde las noticias estaban escritas y apenas querian dar crédito á sus ojos. Una sola palabra, esa terrible y siniestra que estalla en todas las desgracias de los pueblos acostumbrados á la servidumbre, salía de todos los labios y llenaba todos los aires, la palabra infame de traición.

No creyendo en la realidad de tanta desgracia enviaron de todas partes embajadores al Gobierno en demanda de esclarecimiento, juzgando una maniobra de conspiración lo que era una solemne y acreditada notificación oficial del postrer desastre de la pobre Francia.

El Gobierno recibió á las diputaciones. Tanto los ministros como los prefectos y alcaldes de París agotaron todos los recursos de su elocuencia para persuadir al pueblo de que defenderian su libertad, dispuestos á los mayores sacrificios, antes que consentir la entrega de París. Pero el pueblo nervioso,

B.

agitado, preocupadísimo, lleno de temores y de recelos, viendo cada día caer una nueva sombra sobre su inteligencia y desprenderse una última esperanza de su corazón, desdeñaba, como cosa baladí las sonoras palabras, y pedía efectivos actos.

A cada instante el oleaje de la multitud era más espeso y más amenazador. Viento de tempestad lo encrespaba, y en su sordo murmullo se oía ya la próxima catástrofe. Los alcaldes, aunque nombrados por el gobierno, creían ser representantes de los diversos distritos, y entraban por los apartamentos del Palacio llenándolos de imprecaciones y diciendo que el pueblo veía en el armisticio la seguridad de la entrega. Algunos de ellos, ó más exaltados ó más veraces, aseguraban, frente á frente á los ministros, que habian perdido toda la confianza popular y que estaban moralmente depuestos de sus altos cargos. A Julio Favre, que preguntaba con frases soberbias la manera de readquirir el perdido influjo sobre el pueblo, le aseguraban como única y definitiva la inmediata elección de una Comunidad para París bajo la Presidencia de dos hombres que inspiraran fé por su inalterable adhesión á la causa popular, bajo la presidencia de Dorian y de Schælicher. Gran número de papeles, donde estaban escritos estos proyectos, formuladas estas promesas, caían de las ventanas de la Casa de la Ciudad sobre las muchedumbres para aplacarlas y contenerlas. Rochefort mismo, el popular Rochefort, salió á uno de los balcones y arengó calorosamente al pueblo anunciándole claramente la próxima elección de la deseada Comunidad. Pero el pueblo, cada vez más airado, recibió con tales muestras de desagrado la palabra de su tribuno, que este entró en los salones, se dirigió á las mesas, tomó una hoja de papel, trazó su dimisión, la encerró en un sobre, y enderezándola al general Trochu, se fué de aquel proceloso sitio y se encerró en su casa.

El pueblo, mientras tanto, aglomerado á

las puertas, no creía en las promesas. Imaginábale de nuevo engañado y siempre vendido. Los juegos de palabras más audaces y más graciosos sobre este eterno prometer y no cumplir corrían de boca en boca. La crisis se agravaba por momentos y se volvía cada vez más amenazadora. Las cercanías de la Casa de la Ciudad se llenaban de gentes. Una enormísima masa formada por las muchedumbres que de todas las avenidas desembocaban allí, aplastábase casi contra la verja que separa el monumento de la vecina plaza. Un teniente coronel de guardias movilizados, al ver aquella amenazadora multitud, mandó cerrar las puertas. Pero algunos jóvenes del partido rojo, antiguos soldados del regicida Tibaldi, que estaban allí en requerimiento de armas, observaron un postigo abierto; y saltando por las verjas, abren de par en par la puerta, entrando como un torrente desalada y furiosa la multitud con la ira relampagueante en los ojos y la espuma de la ira en los labios.

Eran las dos de la tarde. En cuanto vió invadido el palacio, Ernesto Picard, ministro de Hacienda, orador ingenioso y hombre muy listo, echó á correr hacia el Louvre para proveer á la defensa y salvación de sus colegas. Sin aliento, sudoroso, después de una larga carrera, llega y se encuentra al general Schmits.

—Enviad inmediatamente socorros al Gobierno. La Casa de la Ciudad está invadida y los ministros estarán á estas horas presos.

—¿Traéis una orden escrita de mi general en jefe? le preguntó Schmits.

—Para eso tenía yo el tiempo. Si me detengo á firmar órdenes me quedo yo con ellos en la ratonera.

—¿No traéis orden? volvió á preguntar Schmits.

—No. En la precipitación de mi salida he olvidado este detalle.

—Pues ni un hombre se moverá de aquí. Yo soy fiel á mi consigna. Buenas tardes.

Obtened una orden escrita y sereis servido.

Y el general Schmits poco ménos que le volvió la espalda.

Entonces el ministro abandona el palacio del Louvre y se dirige rápidamente á la plaza de Vendome. Allí consigue que se toque á generala y que se congregue á una parte de la Guardia nacional, á pesar de que el alcalde de París, Arago, no le prestará el necesario auxilio encerrándose desalentado en su casa cuando más se necesitaba de su decisión y de su energía.

Si entonces los batallones de Belleville, de la parte más exaltada y más roja de París, se presentan, acaso ganan la partida. Pero Flourens, que no acostumbraba, cuando sus ideas solían cegarlos, á mirar el peligro, acababa de dimitir, por una de esas cuestiones tan frecuentes en los partidos avanzados, la Comandancia de esas gentes. Sólo tenía una fuerza organizada y armada, compuesta de íntimos amigos suyos, en número de cuatrocientos, que conocía con el nombre de tiradores de Flourens. Convencido de que con tan poca gente nada podía hacer contra los treinta mil bretones de Trochu, dirigióse en la mañana del treinta y uno de Octubre á los comandantes de los batallones de Belleville. Ya los habían inflamado con su palabra y decidido con su ejemplo, cuando uno de ellos, Mr. Duran, ora por temor, ora por prudencia, los disuadió diciendo que necesitaba consultar á sus soldados, que Belleville había hecho ya en el cinco de Octubre una manifestación inútil, que la más vulgar prudencia aconsejaba esperar á los otros barrios y no arrogarse el privilegio exclusivo de patriotismo.

Flourens montó á caballo; reunió sus cuatrocientos tiradores y, después de repartirles á cada uno un paquete de cartuchos, se encaminó al lugar del drama, á la Casa de la Ciudad. Conforme se iba acercando, iba viendo inmensa multitud, ansiosa de saber lo que pasaba con el Gobierno desde las dos de aquella tarde. En el interior no había pene-

trado, no; había hecho algo más, embutido-se la gente. Y era tanto el número de los ciudadanos, que los forzados ó decididos á entrar, subían sobre las espaldas de los primeros que á su paso encontraban. Dejando sus cuatrocientos tiradores en la plaza, Flourens entró en el palacio, siendo recibido con grandes aclamaciones y escuchando por todas partes conjuros á derribar el Gobierno y á traer por unas elecciones libres la Comunidad revolucionaria. Al oír esto, cuando ya llegaba al término de la grande escalera, Flourens con su voz de trueno impuso religioso silencio; y en medio de aquel silencio muy propio para aumentar con su contraste el pavor del ruido antecedente, proclamó los nombres de los republicanos que debían presidir á la elección; y con mentar que él los propuso, no hay que añadir que todos pertenecerían á la más avanzada democracia. ¡Oh cambio de los tiempos! ¡Oh mudable favor de las muchedumbres! El único nombre que se discutió con calor, fué el nombre de Rochefort, cuando hasta un miembro del Gobierno existente, Dorian, había pasado entre unánimes aclamaciones.

En el último de los salones se encontraba el Gobierno de la defensa nacional prisionero de los ciudadanos de París. Una mesa los separaba del pueblo, que les decía miles de injurias frente á frente. Julio Ferry, como el más joven de todos, era también el más valeroso; y agitaba sus fuerzas en discursos inabarcables, tratando en vano de llegar con su palabra hasta el corazón de las muchedumbres. Julio Favre parecía más frío é indiferente. Su rostro, sin embargo, estaba pálido, sus labios sellados y mudos. Conociendo el límite á donde llega la palabra del hombre, no quería traspasarlo; y no intentaba, como su inesperto amigo Ferry, de convencer á una multitud inconcencible. Distruido algunas veces, trazaba con frágil lápiz en gran pliego de papel varias figuras geométricas. Julio Simon miraba tan extraño espectáculo como

si fuese á él completamente ajeno. El general Trochu volvía por completo la espalda á la puerta y al pueblo, y se encomendaba á los santos de su devoción. El viejo Garnier-Pagés, abrumado por la fatiga y por los años, había conseguido llegar hasta Flourens, y le conjuraba á considerar los desastres que podrían traer los excesos del pueblo.

De todas partes venía este clamoreo «abajo los traidores» «arresto inmediato de todos ellos.» Flourens, para proveer al arresto, mandó que entraran sus cuatrocientos tiradores. Pero, siendo tan grande la multitud que había dentro, ninguno de ellos se atrevió á romper al través de aquella inmensa muralla de carne humana. Habiase, pues, Flourens constituido en jefe del Gobierno. Inmediatamente tomó posesión de una mesa; convocó los miembros de la Comisión que pudieran hallarse presentes á seguirle; notificó la fausta nueva á la población parisiense en una proclama ardiente; é hizo que esta proclama se fijara á la puerta de todas las alcaldías de París.

Cuarenta tiradores celaban al Gobierno caído; y el primero de los nombrados para la Comisión que había de presidir á las elecciones, el primero en presentarse fué Milliere. No eran más que dos los miembros del nuevo gobierno, y ya estallaba una profunda división y una mala inteligencia entre ellos. Milliere traía redactada la orden de conducir á las prisiones públicas al Gobierno de la defensa nacional, y se la presentó á Flourens para que la firmase. Flourens dijo que no quería firmar una orden cuando estaba imposibilitado de cumplirla y hacerla cumplir. Milliere propuso á lo ménos que les secuestrara en otro apartamento del edificio. Y Flourens le replicó: «que lo mismo daba tenerlos encerrados en una sala de la derecha ó de la izquierda, del piso principal ó del piso segundo.» Lo esencial, añadió, era haber traído vuestro batallón de mil doscientas plazas, pues si yo con cuatrocientos he podido apo-